

EL EMPUJÓN

Por C. VIDAL LLÀSER

Fue en 1824 cuando mataron en la horca a Pedro Buscastell. Los días anteriores a su ejecución los había pasado en la celda de los condenados bastante tranquilo. Únicamente tenía una obsesión y era la de contar su historia a todos aquellos con quienes podía hablar. Él hubiera preferido poder escribirla, pero el hombre no sabía ni tan siquiera firmar. Cuando me llegó el turno, parecía incluso contento y hasta con ganas de cantar. El cantar —decía— le distrae a uno de los malos pensamientos. Y él quería no tener malos pensamientos y que no los tuvieran tampoco los que le escuchaban. Buscastell solía resumir su historia con pocas palabras: «un aliento de mala suerte». Pero para él lo más importante ahora era saber mantenerse firme, comportarse como un hombre, hacer, en definitiva, lo que ya habían hecho tantos y seguirían haciéndolo. Las palabras le salían como empujadas por un viento suave pero al mismo tiempo con la fuerza necesaria para eliminar estorbos. Y a veces hasta parecía sentirse como inspirado. Apenas comenzó a hablar, una mosca grande y verde zumbaba alrededor y tuvo la osadía de posarse sobre el rostro del hombre. Buscastell soltó un taco diabólico y la golpeó con su fuerte mano, pero el insecto se escapó y no pudo castigar aquel atrevimiento en aquellos momentos en que él se sentía en trance. Era un hombre que había navegado con cierta seguridad en la vida y que ahora pretendía hacerlo también. Su única preocupación en aquellos instantes era evitar que no se interrumpiera el río de sus ideas; que pudiera seguir contando todo lo que tenía que contar. Y luego —decía— que se abra la tierra si quiere.

Buscastell quería que todo lo que contaba tuviera la misma vida que en la realidad; que él mismo y todos los personajes de su historia aparecieran mostrándose como eran, con sus reacciones, su calor y hasta diría su olor. Y su sombra. No estaba acostumbrado a estas cosas, pero pensaba que al fin y al cabo todo se reducía a dejar que fueran jugando, a veces sin sentido, sus propios pensamientos. Mientras hablaba, cortó cuatro veces una baraja que tenía encima de la mesa, con la que hacía solitarios, y las cartas escogidas salieron una de cada palo. Buscastell interrumpió su narración para decir que aquello le parecía muy significativo. Por otra parte, la mosca ahora ya le había dejado tranquilo.

La última vez que María, su mujer, había ido a verlo, le trajo manzanas y ropa nueva. «Qué estupidez, ropa nueva para ese viaje, ¿no le parece?» Luego le había dicho a María que pensaba escribir su historia, se lo había dicho así, de pronto. La mujer no había entendido bien, pero cuando se dio cuenta de lo que él había dicho, a pesar de todo lo que pasaba, de las circunstancias en que se encontraban, no pudo menos que echarse a reír con todas sus fuerzas.

—¿Tú escribir una historia? —dijo.

28 (200)

—¿Por qué no?

—Pero si ni siquiera has ido a la escuela.

—Y eso qué importa. Verás, iré metiendo las palabras poco a poco dentro de mi cabeza, y cuando estén todas reunidas las iré soltando despacio, una a una. Se las diré a quien sea, al primero que quiera escucharme, sin poner ni quitar una sola, y eso será igual, exactamente lo mismo que si yo la escribiera, porque lo que realmente cuenta es el padre de la criatura, ¿comprendes?

María parecía entenderlo menos aún y le miró un poco asombrada.

—¿Te encuentras bien, Pedro? —preguntó.

—Claro que sí.

Pero María —ya ve usted lo que son las cosas— de pronto se puso a llorar. Si hay algo que me pone nervioso es ver llorar a una mujer. Y mientras lloraba me iba diciendo que ella ya sabía que yo era bueno, que yo no merecía esta suerte, y cómo voy a explicarle de qué manera se soltaba en un momento así. Y la verdad es que yo soy bueno, sí señor. Se lo diré de otro modo, soy bueno con los buenos y malo con los que son malos. Y me ocurre que a los malos los sé distinguir muy pronto, lo que hace que mis dudas sean tan escasas que casi puedo decir que no las tengo. Y todavía puedo decirle una cosa, cuanto más difícil es la tela a cortar es precisamente cuando menos fallos suelo tener... Bueno, el último ha sido el último, ya lo sabe, qué le vamos a hacer, tampoco iba a durar eso toda la vida, ¿no le parece? Pero le digo que yo lo que necesito es mundo, todo el ancho mundo. Y mire por donde todo lo que veo ahora a través de las rejillas de esta ventana son sólo pedazos de nubes negras, indiferentes, que pasan y vuelven a pasar, y dígame qué puedo yo hacer con sólo esos pedazos de nubes negras que ni siquiera se detienen un instante para que las pueda ver bien.

Con el tiempo llegué a saber que a poco de haber nacido estábamos solos mi madre y yo. En el campo veía volar los pájaros, los veía volar solamente, y voy a decirle algo que le parecerá extraño tratándose de un niño, y es que me ponía muy contento cuando iba a cazar nidos de tordos y no los encontraba. Recuerdo la primera vez que me encontré cara a cara con una mujer. Sentí su abrazo como si una víbora me hubiera picado. Aquello había sido algo que me quemaba por dentro, que me hacía sufrir, y acabé huyendo asustado... Pero ya es hora de empezar mi historia. Aunque no sin antes decirle, usted ya lo sabe, que estoy aquí sólo por mi mala suerte, por ese aliento de mala suerte. Porque todo lo que pasó...

Lo que sí puedo decirle es que a mí nadie ha de venir a enseñarme lo que es el sufrimiento, y mucho menos en esos momentos en que ya estoy, como quien dice, con el pie en el estribo. En mi vida ha habido de todo, y creo que todo, al final, me ha servido para algo. Empezar desnudo, sólo con la esperanza, y pronto darse cuenta de

de que ninguno de nosotros pudiera levantar cabeza, ahí va que se presenta otra vez en el pueblo el comisionado ese o como diablos se llame y otra vez a la carga. Que si había que pagar, incluso los atrasos, y que si el destierro, que si el presidio, que si la horca...

El grupo se había reunido en la plaza del pueblo, delante de la iglesia, y el hombre en cuestión había empezado a hablar. «El Gobernador —decía— advierte que se da un plazo de diez días para el pago de las contribuciones atrasadas. Si no se cumplen sus órdenes, podrán ser conducidos a prisión».

—¡Y una mierda! —bramó, según su costumbre, Ramón, el de Can Trui—. ¡Vamos, qué es lo que estamos esperando! ¿Vamos a consentir eso? —añadió después, dirigiéndose a todos. ¿Por qué no echamos a este atrasado al pozo?

El ascendiente de Ramón sobre todos los campesinos era muy grande y no se tardó mucho en exaltarse los ánimos.

—¡Sí, de cabeza al pozo! —gritó una voz.

El comisionado o como se llame, más pálido que los limones, debió pensar que la cosa se ponía seria y trató de abrirse paso, pero algunos, capitaneados por Ramón, ya lo habían atrapado y lo llevaban en andas hacia donde estaba el pozo, un pozo que había en la misma plaza, muy cerca de donde nos habíamos reunido. Lo tenían ya en el brocal y el hombre se resistía, naturalmente, y mire usted por donde yo me encontraba precisamente al lado del pozo y, sin que ahora pueda explicármelo bien, me encontré dándole el último y definitivo empujón a aquel hombre para que acabara de caerse al fondo. El pozo no tenía agua, pero le digo que tendría sus buenos veinte metros de profundidad...

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora? —dijo, asustado.

—Esperar —dijo Ramón—. Y si llega el caso, defendernos todos a una.

—Si nos mandan la tropa, ¿cómo podremos defendernos? —insistí.

—Entonces... —y se quedó unos instantes pensando—. Entonces tendremos que huir al monte o donde sea. No nos cogerán.

—Pero todos no podemos huir, dejar a nuestras familias —dijo alguien.

—¡Ni falta que hace! —saltó Ramón—. Aquí ha habido sólo dos hombres, ¿verdad, tú, Buscastell?, que han hecho lo que han hecho. Estos dos hombres son los únicos responsables de lo que aquí ha pasado y esos dos hombres son los que se irán al monte si es necesario.

Había que ser muy hombre para decir esto y para aceptarlo, y yo lo acepté.

—De acuerdo, Ramón.

Cuando llegué a casa, María me atiborró de preguntas acerca de lo que había pasado en la plaza, pues hasta ella habían llegado noticias del revuelo.

—Nada, mujer, no ha pasado nada —dije—. Que otra vez estaba allí el tipo aquel de las contribuciones, ¿te acuerdas? Y que dice que hay que pagar, y que si esto y lo otro y...

—¿Ahora? ¿Precisamente ahora que no hemos podido recoger ni un grano? —se lamentó María.

—Pues ya ves, esa gente no tiene mayor consideración, según parece.

—¿Y qué podemos hacer nosotros, tú? —preguntó asustada.

—Bueno, tampoco hay por qué alarmarse —dije—. Después de todo, la otra vez ya sabes que también venían a lo mismo y ya viste que no pasó nada.

—Pero malo es esa insistencia, Pedro, mala. Alguna

vez querrán que se resuelva esto y nosotros...

—¡Bah! No debes preocuparte. Todo saldrá bien, ya verás —dijo, tratando de tranquilizarla—. Ahora vámonos a dormir.

«Vámonos a dormir». Había dicho «vámonos a dormir» con una tranquilidad de la que yo mismo me asombraba. La realidad era que acababa de matar a un hombre —de eso estaba casi seguro—, que acababa de cometer un crimen. Habíamos sido unos cuantos los que lo habíamos hecho, pero yo era uno de ellos y precisamente el que había dado el golpe fatal. «Vámonos a dormir». Le diré que toda la noche estuve con los ojos muy abierto, con el miedo metido dentro del cuerpo, escuchando el ruido que llegaba desde fuera, recordando con espanto la visión de aquel hombre, los ojos asustados de aquel hombre, sus gritos terribles cuando veía que todo iba a terminar para él. María, a mi lado, tampoco lograba dormirse y se revolvió a cada instante. En la oscuridad debió adivinar mi inquietud.

—Todo eso nos está quitando el sueño, ¿verdad? —dijo, tocándose con sus manos.

Entonces se dio cuenta de que yo estaba sudando y me temblaba todo el cuerpo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—No, no. Estoy bien. Estaba pensando. No es nada.

María se levantó y encendió apresuradamente una vela. Entonces vio como el miedo me saltaba por los ojos. Y no tuve más remedio que confesárselo todo.

A la mañana siguiente había ido a dar de comer a los animales cuando de pronto vi llegar corriendo por el camino a Ramón.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—La tropa ya anda por ahí —dijo, alarmado.

—¿Los has visto tú?

—No, pero me lo ha dicho Palau. Han ido a su casa. Un cabo y cuatro soldados, preguntando.

—Era lo que podía esperarse, ¿no?

—Estuvieron en su casa y querían que Palau les dijera quiénes habían sido y le amenazaron incluso con fusilarle allí mismo. Palau no se asustó demasiado por eso y repitió cien veces que él no sabía nada. Entonces se lo llevaron con ellos y por el camino hicieron el paripé de que lo iban a fusilar. Pero el hombre se mostró sereno y acabaron por soltarlo.

—¿Y qué habrá sido del tipo aquel? —pregunté con temor.

—Se lo llevaron en un carro a la ciudad. Estaba bien muerto, tú, hecho un estropicio. Me ha dicho Palau que la tropa recorre todas las casas para ver si logra saber quiénes fueron los culpables. Y los de la Milicia también, en el pueblo. Pero nadie dirá nada, puedes estar seguro.

—¿Y Martí? ¿Estaba Martí en la plaza cuando pasó todo?

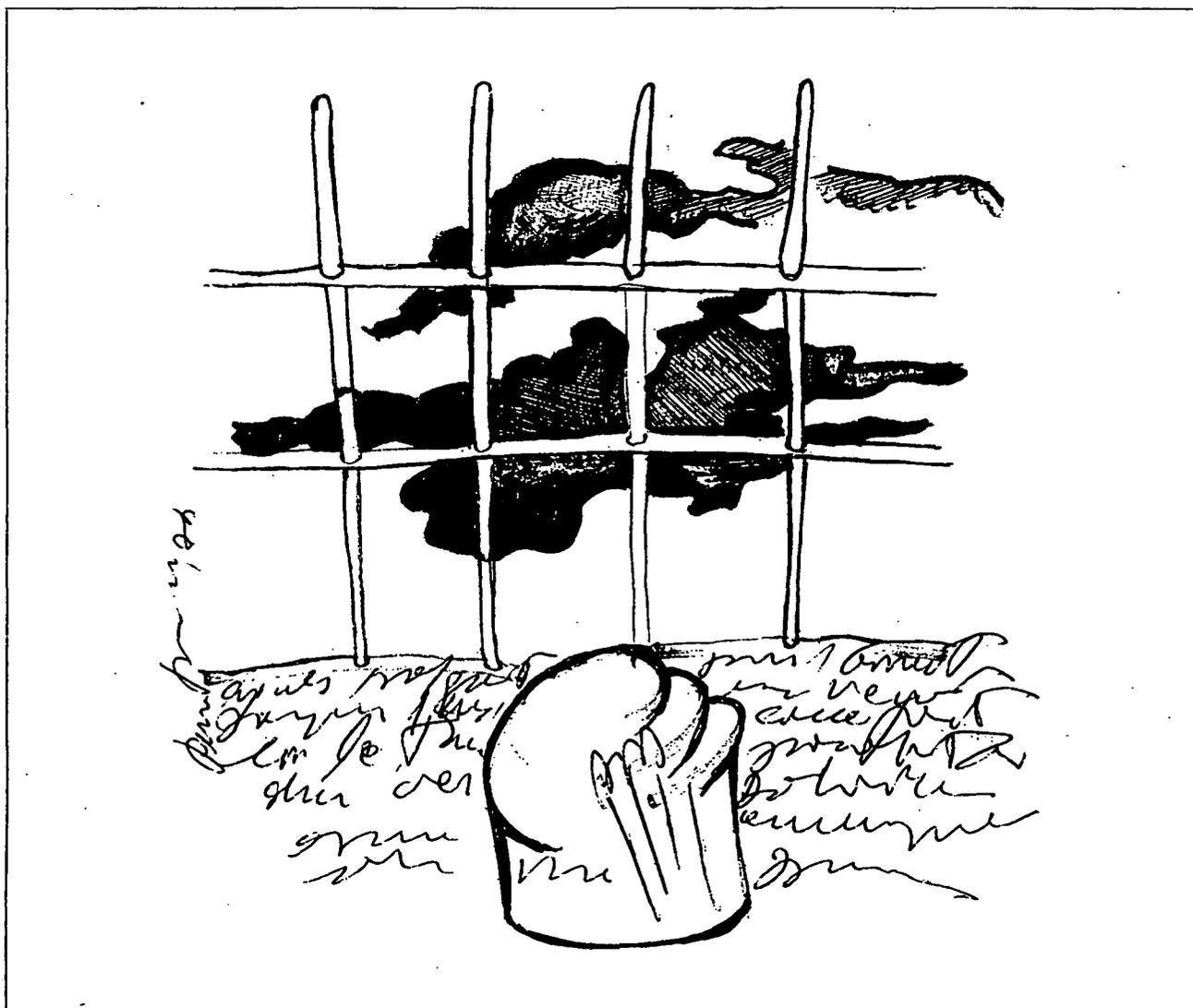
—Pero no será tan cabrón...

—No hay que fiarse de nadie, tú. Donde menos se piensa salta el traidor —dijo, cada vez más preocupado.

—Y si así fuera, ¿cuántos éramos? No van a fusilar a todos. Tienen otras cosas en qué pensar ahora. He oído decir que buscan votos para las próximas elecciones y...

No tuvo tiempo de decir nada más. En aquel instante llegaba corriendo Palau. Venía del pueblo. Los de la Milicia habían puesto un bando a la entrada de la iglesia. Había unos nombres con letras muy grandes: Ferrer, Ramón, Roig, Palau, Buscastell... Todos tenían que presentarse inmediatamente a las Milicias o los irían a buscar a sus casas o donde estuvieran.

—Ya ha salido el cabrón —dijo.



—Por el pueblo se dice que ha sido Martí el que ha dado esos nombres —añadió Palau.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté.

—Lo dicho —respondió Ramón—. Quedamos así, ¿no? Quedamos en que sólo tú y yo éramos los que lo habíamos hecho.

—Sí.

—Pero eso ya no vale ahora —dijo Palau—. Ya no sois vosotros solos. ¿Qué ganaríamos nosotros? Saben que hay más. Tendremos que huir también nosotros. Y tenemos que hacerlo pronto si queremos que sirva para algo.

—De acuerdo —dijo Ramón—. Nos reuniremos todos en el bosque de Bardají. Yo avisaré a los demás. Vosotros podéis marcharos ahora mismo, antes de que sea tarde.

—No, marchar primero vosotros —dije—. Yo les avisaré. No puedo irme sin decir nada a María, sin ver a mi hijo. Pienso en lo que pasará si vienen esos por aquí, los soldados.

—Nada, ¿qué va a pasar? Ella dirá que te has marchado y que no sabe donde estás. A ella no pueden hacerle nada —dijo Ramón.

—Está bien —dije—. Nos reuniremos en el bosque. No tendréis que esperar.

María estaba en la cocina preparando la comida y no se enteró de lo que habíamos hablado. Pedrito, mi hijo, jugaba en el patio de detrás de la casa. Podía verlos a los dos y estuve largo rato sin decir nada. No me salían las palabras. No podía hablarles con mi voz atenazada por el miedo y la angustia de dejarlos. Me decidí de pronto y salí corriendo de la casa, sin que se dieran cuenta. Pero a los pocos pasos vi un revuelo de soldados y oí un vozarrón tremendo que gritaba: «¡Alto o disparamos!» Comprendí que ya nada tenía remedio, que todo estaba perdido. Me atraparon como a un conejo. Lo demás, ya lo sabe, me trajeron a la ciudad y después aquí. Y se acabó mi mundo, mi ancho mundo. Y todo por ese aliento de mala suerte, créame usted.

Buscastell se quedó silencioso. A través de las rejas se veían pedazos de esas nubes negras que a él no le gustaban, tal vez almas perdidas envueltas en los mismos remordimientos. O las sombras de María y Pedrito dándole una y otra vez su despedida para siempre. Buscastell ya no dijo más. Y fui yo el último al que él pudo contar su historia.

C. VIDAL LLÀSER

(Ilustraciones de Pere Planells)